



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11808

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACIÓN MAYOR 24

LUNES 17 DE JULIO DE 1899

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.



LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL
COMPANIA DE SEGUROS REUNIDO

AGENCIAS en TODAS las PROVINCIAS de ESPAÑA, FRANCIA y PORTUGAL.

31 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS sobre LA VIDA—SEGUROS contra INCENDIOS.

Subdirección en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPANIA, Caballos 15.

EXPECTACION

Hoy era el día designado por los ministros para reunirse en Consejo, á fin de acordar sobre el arriendo de los arsenales; y con tal motivo, habrá habido y habrá en el Ferrol y Cádiz la misma expectación que se nota en esta ciudad.

Entraña el asunto intereses particulares de localidad, que pueden ser egoístas si se quiere, pero que son muy legítimas y entraña también otra clase de intereses de un orden más elevado. Como que son intereses de la patria, que no se deben ni se pueden desatender.

Hacer economías es cosa razonable; las impone la necesidad y ésta, lo mismo para los individuos que para los pueblos, es ley suprema ante la cual no hay más remedio que inclinar la frente. Pero las economías tienen un límite, pasado el cual se convierte en perjuicio el beneficio que con ellas se busca.

Cualquiera persona que experimente pérdidas sensibles, si se ve obligada a disminuir sus gastos, suprimirá lo supérfluo. Primeramente se desprenderá del coche, renunciará al abono en el teatro, reducirá el alquiler de la casa que habita y suprimirá parte de la servidumbre. Si las necesidades imponen mayores sacrificios ahorrará en el vestido y en último caso llegará á prescindir del postre en la comida; pero jamás suprimirá la sopa. Todo ello le privará de comodidades y pondrá límites á sus gastos; pero su organismo no sufrirá menoscabo, si el espíritu no se rinde á las contrariedades, quedando el individuo en condiciones de recuperar por el trabajo el bien perdido.

¿Qué sucedería en el caso contrario, es decir, si queriendo conservar lo supérfluo comenzara por hacer economías en lo necesario? Seguramente no evitaría la catástrofe, que sería doblemente desastrosa, porque á la pérdida total de la fortuna sumaría la de la salud.

Eso es precisamente lo que se intenta en España. Enloquecidos con las economías, sugestionados por la necesidad de hacerlas muy grandes, el deseo atropella la razón sin comprender que se trata de suprimir la mesa, es decir la salud.

Los que viven tierra adentro no entienden estas cosas. Ellos sabían que tenemos una larga lista de buques; les hablaron de la escuadra de Manila, de la de Cuba y de la de reserva y en dos momentos terribles vieron desaparecer las dos primeras. La sorpresa fué horri-

ble, el desengaño inmenso y echando ahora la culpa á lo que no la tiene, abominan de la marina, de los barcos y de los arsenales.

Mal que nos pese son necesarios esos elementos. Nación que tiene tantas costas como España no puede prescindir de poseer buques para su defensa. No los tendrá hoy si no se puede, pero no renunciará á tenerlos mañana y para entonces son de absoluta precisión los arsenales, porque en alguna parte se ha de componer el material flotante y se han de establecer los depósitos de municiones.

Digase lo que se quiera, no podemos prescindir de tener un arsenal en el Mediterráneo y otro en el Atlántico. La causa—lo hemos dicho repetidas veces—estriba en el estremo de Gibraltar que puede incomunicar en un momento dado el N. y O. de la península con el resto del litoral.

Quien desconozca estas necesidades de España no debe hablar de asuntos de Marina.

Los que las conocen deben hablar de reorganización y de reformas que acaben con multitud de cosas que no son de sentido común; pero hablar de supresiones totales, jamás.

Cháchara cómica

El señor ministro de Marina es hombre de ideas muy originales.

Ahora que apenas tenemos más escuadra que Suiza, piensa aumentar las fuerzas de marinería.

Se conoce que S. E. quiere introducir una importante reforma en la navegación.

Antes eran los marinos los que iban sobre los barcos; hoy día serán los barcos los que vayan sobre los marinos.

A hombros.

En vista de lo avanzado de la estación, el jueves 13 fue la última velada en el ministerio de la Guerra.

Dicen que una coronela guapetona y bien plantada, al bueno de Don Camilo dábale quejas amargas por no prolongar un poco aquellas señas tan gratas, en las que el tiempo era breve por lo bien que se pasaba.

—Pues el motivo es sencillo—dijo el general con calma.

—¿No se enteró, amiga mía, de que la estación avanza?

—Es cierto, pero... —Señora; la suspensión es fundada: ¿no ve usted que lo avanzado no se celebra en mi casa?

Firma de S. M.
Guerra. Varias relaciones concediendo recompensas á jefes y oficiales, por méritos contraídos en la campaña de Cuba.

Recibir de este modo las concesiones, yo no entiendo que acepten los militares; pues aunque estén fundadas en las condiciones y con bases, que, á parte de los grandes (mares), tenaces mantuvieron nuestras legiones, si en relaciones tienen hoy extendida la concesión de grados, premios y cruces, recompensa que ostentan no es merecida, por ser cosa evidente y á todas luces que fué á sus relaciones la tal debida.

En Lila han estallado graves desórdenes.

Para mí que esos motines son de muy poca importancia: si en Lila se desarrollan, claro está que son *lilaitas*.

En New-Jersey (Estados Unidos) dos muchachos que querían á un mismo y ebúrneo joven, apostaron que quien llegase antes en bicicleta á un punto señalado, sería *matrimonial* con el disputado galán.

En la meta esperaba un cura protestante, para recoger á la vencedora y conducirla á la iglesia.

Si el record matrimonial llegara un día á aceptarse por todos, y á proclamarse cual costumbre general, nadie volvería á decir que á Fulano, enamorado, Menganita le ha *pasado* para sus vidas unir.

Porque en vez de ser cogidos en las redes de una bolla, serán por su mala estrella los pobres novios *arriscados*. Pero volviendo á ese caso que en *Yankilandia* ocurrió, lo de que el cura esperó á las *mises*, no lo paso. ¿Quien que piense con cordura á sostener no se presta que esas niñas de la apuesta no pueden encontrar cura?

Ya sabrán Vds. que de las personalidades militares de importancia en la nueva situación política de la vecina república, una de ellas es la del general Jamont.

El gobierno de Francia ha dado prue- de tener poco tino, [bas y es fácil que por ser tan imprudente se origine un conflicto;

pues hoy que necesitan los franceses, para vivir tranquilos; conciliar de cristianos y semitas los criterios distintos, y conociendo el odio que profesan al cerdo los judíos,

dándole mando á un Jamont, que es cerdo ¡Pardiez, qué es desatino! (puro. Paco Tintero.

TRAPOS Y MOÑOS

Nuestras elegantes abandonan Madrid en busca de las agradables brisas del Cantábrico. La Estación del Norte se vé todas las tardes favorecida por lindas viajeras, que con sencillas *toilettes* de tela inglesa, tejida de hilos de diferentes colores bajos, gris, azul ó encarnado, sombrero de paja ligera, de angostas alas y poco adornado, la esolazina capa de lana flexible escocesa y el saco de viaje de recta tela gris, forrado de andrinópolis, se alejan de la villa y corte.

En los jardines del Buen Retiro se ven por la noche caprichosos trajes de crespón, muselina de seda, pliqué y batista. Citaremos uno de crespón de china clavel rosa, y otro de foulard *«espiligo»*. Vestido de crespón de China clavel

rosa, bordado de lazos Luis XV. Fondo de falda con volante finamente tableado cubierto de una segunda falda con orla *«plisè»*. Cuerpo de espalda tirante y delantero drapado á derecha, bajo un *«chou»* de muselina de seda, y abierto sobre un chaleco liso cubierto de un *«quillè»* de encaje. Cuello-chal de terciopelo igual tono. Cinturón redondo. Mangas lisas, forma mitón. Forro de cuerpo ordinario, cerrado en el centro delantero. Sombrero de paja blanca, ornado de muselina de seda y un lazo de tafetan rosa.

2.º Vestido para paseo, de foulard *«espiligo»*. Falda dentelada sobre un fondo guarnecido de volantes de muselina de seda del mismo tono. Cuerpo ligeramente holgado por delante, cubierto de un peto de *«guipure»* con marcos de muselina de seda. Cuello recto de *«guipure»*. Mangas largas, con vuelillo. Cinturón de terciopelo. Toquilla de paja con *«choux»* de tul y *«aigrette»*.

Se confeccionan muchas blusas ligeras de muselina blanca bordada de motas ó de florecitas blancas al realce. Estas muselinas se aplican sobre cuerpos de color, de tafetan, de *«silkín»*, de polonesa ó de satinete. El forro puede ser muy entallado, pero sus costuras no deben pegarse con las del cuerpo exterior, sino solo hilvanarse, á fin de que se pueda desprender fácilmente el cuerpo de muselina cuando se trate de lavarlo y plancharlo.

Se llevan también muchas blusas de tafetan negro, con falda de color claro; una solapa, un *«chon»* y un cuello de tafetan cereza alegran el conjunto. Esta moda es más original que linda.

Para playa, muchos trajes de tela escocesa, pareciendo hechos con antiguos pañuelos de tonos borraños. Es un arte el saber combinar los dibujos de manera que las listas colocadas al través y de mil modos diversos no choquen á la vista ni deformen la línea del cuerpo. Se confeccionan de tela de seda, esa linda tela flexible que se lava tan bien y dá la ilusión de verdadera seda.

Utilizanse los antiguos pañuelos bordados de lidón con orla de entredós y vuelo *«Valenciennes»*, como canesú interior de camiseta, etc. Las esquinas de los pañuelos sirven para solapas. Cuando el cuerpo se abrocha en el hombro y bajo el brazo, es fácil guarnecer las solapas con las esquinas de los pañuelos sin necesidad de cortarlas.

Las *«toilettes»* ligeras renuevan la moda de las enaguas blancas, pero sobre todo de las enaguas flexibles de muselina, con volantes orlados de altas *«Valenciennes»* que se escalonan formando al menor movimiento una ondulación espumosa y sufiociente.

Por esto, sin duda, se ven muchas menos enaguas blancas con volantes de alto bordado almidonado, que darían á la falda pliegues cuadrados y rígidos y nada adecuados á la moda actual. Con las enaguas blancas se ven muchos zapatos blancos de piel; es novedad muy linda, muy graciosa y completa admirablemente una *«toilette»* clara; pero tiene el inconveniente de que se desluzca muy pronto, manchándose con facilidad. Y á fé, es coquetaría muy ridícula y muy mezquina la que consiste en llevar, para seguir la moda, guantes blancos de dudosa limpieza y zapatos blancos sucios.

El guante negro y la botina negra, cuando no pueden renovarse aquéllos á menudo, son los únicos adoptables. Así cabrá la seguridad de no incurrir en ridiculez.

Las mujeres están encantadoras, de verdad, con esas Amplias *«Bergères»* ornadas de flores y nubes de tul. El cabello, apenas ondulado, con ondulación más bien adivinada que percibida, dá al peinado toda la gracia que se requie-

re. Es menester, para que el sombrero sienta bien, que los cabellos formen, por delante y por detrás, una especie de *«rolets»* muy redondeado, que parezca debido á la masa de cabello en que se apoya. Cuando no se tiene la masa de cabello suficiente para lograr este resultado, hay que recurrir al artificio, colocando debajo del cabello crespones postizos que dan la redondez que la falta de cabellos impide obtener.

Minúsculas peinetas con cabeza de pedrería, dispuestas en torno del peinado, sujetan el almohado y los cabellos cortos ensortijados sobre la nuca. Mme. PILAR.

CRÓNICA PARISIENSE

Generales de otros tiempos.—La Exposición.—París moderno.—Modas.

París se ha visto privado de un espectáculo que ya saboreaba prematuramente y que ha sido reservado á los tranquilos habitantes de Rennes.

Nos referimos á la primera etapa del drama de humanidad, que ha tomado fin con la llegada de Dreyfus á Rennes.

Veremos luego á qué quedan reducidos las etapas subsiguientes.

Los parisienses privados de tal elemento de distracción aprovechan todos los demás pretextos de diversiones y, fueron en masa el domingo último á Versalles, para presenciar los festejos en honor de Hoche, aquel general de otros tiempos, tan diferente de los generales de hoy.

La soledad de las grandes avenidas bañadas por un sol casi canicular, la soledad acostumbrada de aquella villa militar, ha cedido su puesto á una multitud ávida de aplaudir los magníficos juegos de aguas y los monumentales fuegos de artificio.

Frente al opulento palacio de Luis XIV, las grandiosas avenidas, que se pierden allá en el horizonte, van engalanándose paulatinamente con focos eléctricos y farolillos á la veneciana; pero, á pesar de todo, Versalles no es la población aquella del siglo diez y ocho y sigue siendo un inmenso cuartel, una militar avanzada de París.

El parque tiene algo de la magia que nos encanta en las «Mil y una noches»; pero la población es una especie de campamento cuyos oficiales se entretienen mano á mano con los agenos en las terrazas de los cafés.

Todos se divierten, todos beben y nadie piensa en Hoche, nacido en 1768, soldado á los diez y seis años, general á los veinticinco y muerto á los veintinueve.

Todos los trabajos de la próxima Exposición marchan hacia su fin con pasos agigantados; todo estará listo para el segundo domingo de Abril del año 1900.

Y, como siempre, los aficionados á comparaciones y comentarios, disertan é interrogan actualmente acerca de la utilidad de las Exposiciones.

Dentro de un año, las banderolas y las oriflamas ondearán en las avenidas de París; la pivora de artificio dorará el cielo grisáceo del Campo de Marte y la monumental armazón de la Torre Eiffel, abrasada por millares de focos eléctricos, iluminará las ómnibus arquitecturas del Trocadero, de las aldeas coloniales plantadas en los jardines, los palacios de hierro y cerámicas polioromas y la cosmopolita muchedumbre que discurrirá por las orillas del Sena.

Ante las vitrinas internacionales cada pueblo aprenderá los motivos necesarios para estimar el esfuerzo que le hará gozar, instruyéndole.

Un pensamiento de admiración, de